

## FAMILIA

Los padres. Romance en el mar. Ideología. Cinco hermanos.  
Nacimiento: 27 de Agosto de 1869. Leía a los cuatro años.  
Recuerdo de los quince. Carácter. Sus predilecciones.  
Espíritu investigador. Labores de aguja, ganchillo y lanzadera.  
Pasión por la Botánica.

Laura tuvo una niñez feliz. Sus padres, Vicente Martínez de Carvajal y Elisa del Camino vinieron de España en el mismo barco. En él se conocieron. El tenía bastante cultura y le gustaba muchísimo leer. Se destacó como ajedrecista. Este hecho, en la segunda mitad del siglo xix, marca ya su ubicación en un sector distinguido. Es bien sabido que el juego-ciencia sólo lo practicaban algunas minorías. Recién, en el empuje fulminante de nuestra Revolución, él ha sido escogido con vehemencia en los más variados sectores, de tal modo que hoy lo practica gran parte de la población cubana. ¿Qué hacía Elisa? Era pianista y por largos años dedicó gran parte de su tiempo a la interpretación de sus autores preferidos y a mantenerse al día con sus prácticas de mecanismo. Era bellísima. Hemos contemplado en casa de Laurita —una de las hijas de Laura— un precioso óleo en marco dorado en forma de medallón. El conjunto irradia mágico esplendor. Se debe al famoso pintor español Balaca.

Don Vicente, de arrogante figura pertenecía a una antigua familia de españoles de ideas liberales. Más bien de izquierda. Era muy lector de libros cuyos autores casi siempre eran librepensadores. El consideraba que el atraso de España se debía, en parte al exceso de curas, que eran como una rémora para el progreso. Cuenta Laurita que recorriendo, de viaje, las distintas calles de las diversas ciudades que visitaban en la Península, se le veía afanoso contando los inúmeros curas que encontraban. Esos son, decía los que con el derrotismo de la religión impiden que el pueblo se

esfuerce y siga hacia adelante. Tal era la profundidad de su pensamiento a este respecto.

Volvamos al barco donde Vicente y Elisa hacían su primer viaje a Cuba. Desde las primeras conversaciones mostraron mutua simpatía. En cuanto al joven, fue mucho más. Puede decirse que la impresión de la belleza de Elisa y la amabilidad de su trato produjeron una decisión instantánea. Comenzó el romance, con el propósito de matrimonio desde el primer momento. Matrimonio que se realizó a los pocos meses de arribar a Cuba.

Guardan las nietas un bonito abanico de nácar. En el varillaje primorosamente labrados ; se observan instrumentos, musicales: arpas, tambores, flautas; el país, que como se sabe es la parte superior que se decora con flores o paisajes, está maravillosamente conservado aun en el delicado matiz de sus colores. Quiébranse algunas de las varillas; pero como las laterales, más fuertes, han quedado íntegras, éste luce bien. Hemos contemplado con viva simpatía este abanico. Es un significativo recuerdo a la mujer amada y aunque los protagonistas de ese mutuo amor ya no existen, a la presencia de sus queridos descendientes no podemos dejar de experimentar una suave y dulce moción. No es verdad que morimos completamente. Este solícito cuidado nos revela cómo, se añoran esos seres desaparecidos, por la cadena infinita del amor.

La familia de Laura era muy completa. Vicente y Elisa tuvieron cinco hijos. Laura, la mayor, nació el 27 de agosto de 1869. En su fe de bautismo se consigna el 28; pero sus hijas afirman que ella siempre dijo que era una equivocación; Consideró la fecha válida el 27 de agosto. Los otros hijos eran Antonio, Rodrigo, Vicente y Candelaria, que era la menor.

Antonio hizo estudios secundarios junto a Laura en el «Colegió San Francisco de Paula». Al recibirse de Bachiller ingresó en la Universidad, Se matriculó, como ella en Ciencias Físico-Matemáticas y en Medicina. Hemos revisado su expediente académico. Son buenas notas; pero no tan, brillantes como las de Laura. Se ve, no obstante, el mismo espíritu de superación. Esto se aprecia en la solicitud para mejorar la nota de Bueno en una asignatura por medio del nuevo examen, Y entonces, por este repetido esfuerzo llega a obtener el Sobresaliente. Acompañó a Laura en la Universidad de La Habana hasta el año 1888. Faltándole, pues sólo dos cursos trasladó su expediente a la Universidad de Madrid, donde



A los dos años.



A los cuatro años. Leía de corrido.



A los 11 años.

terminó sus estudios. Ejerció su profesión de Médico en Barcelona, España y allí falleció. Los hermanos que siguen, llamados Vicente; y Rodrigo, dejaron de existir. El primero, todavía pequeño y el segundo, ya mayor.

La menor, Candelaria, no siguió estudios especiales. Se casó muy temprano —a los diez y seis años— con Fermín de Sola, miembro de una de las familias más ricas de Las Villas. Sus hijos se inclinaron hacia el Arte. En mayor o menor grado descollaron en: sus distintas modalidades. He aquí los nombres: Fermín, Vicente, Francisco, Leopoldo y Elisa. Desde hace muchos años viven en los Estados Unidos.

Al referirnos a Laura, particularmente desde el punto de vista físico, todo hace pensar que fue una criatura saludable desde su nacimiento. Apréciase en una fotografía a los dos años como una niña bien proporcionada, acaso de más desarrollo de lo que corresponde a su edad. La mirada es inteligente y viva.

En el concepto actual, a Laura habría que catalogarla como una niña precoz. A los cuatro años, ya sabía leer de corrido. En una fotografía del 2 de marzo de 1873 se le observa de pie, recostada en el respaldo de un alto butacón de peluche, provisto de largos flecos. Ya en el cabello se inicia la vuelta que después ha de transformarse en anchas ondas. La mirada es más inteligente y significativa. Una mano se deja caer a lo largo del cuerpo. La otra sostiene un sombrero del mismo material del vestido que ella adosa al frente. El escote en punta que limita un fino encaje, es el único que vamos a ver en las siguientes fotografías. Siempre se le observará en lo adelante, con cuello alto. Es así como acostumbraba estar, lo mismo en su fresca juventud, que en los años de la edad madura. Como en el retrato anterior, no luce aretes. Las mejillas turgentes y frescas corresponden a una niña de su edad. En este retrato parece como que inicia una leve sonrisa y se puede apreciar como con su actitud y su gesto colabora con lo que le pide el fotógrafo. Como las anteriores, la fotografía se realizó en O'Reilly 62. La firma de la casa se aprecia en forma diagonal en el reverso del retrato: S. A. Cohener.

A los once años, Laura era una niña espigadita y ya totalmente responsable en sus obligaciones y deberes como estudiante. Y también en su hogar, en su condición de hermana mayor.

Al cumplir los quince años —27 de agosto de 1884— su padre le regaló una escribanía forrada en peluche amarillo. Como se sabe, éste es el color de la Facultad de Medicina a la que pertenecía, desde antes de cumplir los catorce. Esta tiene las cantoneras muy labradas, de metal. En el interior una poesía con siete cuartetas escritas por él mismo y rebosantes de cariño y entusiasmo en tan fausta fecha, pero carentes de valor poético. La letra aparece insegura como si se tratase de una persona de avanzada edad o con algún padecimiento en el aparato muscular de la mano. Al hacerle esta observación a las hijas de Laura me dijeron que Don Vicente escribió así a propósito, con intención jocosa. Mostráronme la letra de él y efectivamente es una bella letra, muy firme y clara. Admírase, además, el buen aprecio que de él hizo Laura. Lo supo conservar a pesar de las vicisitudes de la emigración y de los sucesivos cambios que alteraron su existencia. Lástima grande que sus hijas la han forrado de nuevo en vez de dejarle a la escribanía su cubierta amarilla, ajada por los años. Es de todas maneras un recuerdo que los lectores podrán admirar en el Museo Histórico de las Ciencias Médicas «Carlos J. Finlay» de la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, conjuntamente con la poesía y la fecha: 27 de agosto de 1884. Como de pasada anótese asimismo que en dicho Museo se encuentran además del objeto citado, las fotografías de Laura, desde los dos años de nacida hasta las de su última graduación en las diversas edades y posiciones. Y también un cinturón negro con su hebilla de bronce en forma de escudo cubano que ella, como las demás damas nativas de aquí, usaban cuando estaban alejadas de la patria amada.

Laura tenía preferencias muy definidas y muy hondas. Una de ellas era la Jardinería. ¿Desde cuándo? Interrogamos a Laurita. Desde siempre, sólo que en su infancia no tuvo oportunidad de practicarla. Una vez casada, así como a una buena esposa se le regalan unos aretes de brillantes o un collar de piedras preciosas el ser tan intensamente querido —su esposo— le hizo un obsequio que ella apreció más que cualquier otro. Dos solares al fondo de su casa de Paseo para fomentar un bello jardín. Entonces, le dije, esas fresas de que hablaban María y Carmen de la Torre, las hijas de Lina, la amiga predilecta, ¿fueron sembradas por ella? Naturalmente, contestó. Y por eso se sentía tan orgullosa al llevarle



A los 13 años.



A los 15 años.

a sus amistades el fruto de su esfuerzo. El producto de plantas cultivadas por sus propias manos.

Era de verla, al amanecer antes de irse al trabajo, hacia la policlínica regando, hablando con sus flores y sus matas queridas. Hijos y plantas recibieron análogos solícitos cuidados . . . Verdaderamente quería a sus matas, amaba a sus hijos, adoraba a su esposo, Más adelante se verá cómo ésta jardinería sin dejar de ser el objeto de su predilección, se amplió con otros sectores de la Botánica: Los frutales. Y con el cultivo de yerbas y otros alimentos para el ganado, así como con los injertos y la obtención de nuevas variedades de rosas y jazmines.

Lo que sí es preciso señalar, como una de sus características más firmes, es su constante espíritu de investigación, aun en los asuntos menos trascendentes.

¿Sabe el lector lo que tengo en mi poder? Nada menos que el «Manual de Plantas y Horticultura General» de Henderson. Era el caso que a Laura le encantaba la jardinería y cuando ya contó con los solares para fomentarla, encargó libros, cuando no los encontró aquí en Cuba y en ellos leyó directamente. Ella aprendió pues, de sus libros en castellano si los había, o bien en inglés, o bien en francés. En ambos idiomas sabía lo suficiente para hacer una buena traducción, aunque no para hablarlos correctamente. Esas informaciones, las llevó a la práctica y fue adquiriendo sólidos conocimientos con los cuales obtuvo óptimos resultados. «Manual de L'Amateur Des Jardins», es el libro más apropiado para el aficionado. Es de lo más interesante. En una de las páginas se lee de su puño y letra esto: «Rosas conocidas en la Habana». Y debajo una lista con el nombre científico y con el nombre corriente. Al hojearlo se encuentran observaciones e indicaciones a propósito de determinados resultados. . Los marcadores, son de papel de china y están cortados de igual longitud y de igual ancho. En algunas ocasiones con el mismo marcador se señalan asuntos que están en hojas inmediatas, y que por lo visto le interesaron simultáneamente. En los libros de Laura que hemos examinado se encuentran en las márgenes y entre líneas, personales observaciones acerca de dichas materias. Otras veces son anotaciones de su experiencia. Las hijas con el deseo de mejor conservarlos, los han mandado a encuadernar en lugar de dejarlos ajados por el tiempo. Con ese proceso, al recortar lo deteriorado han hecho ilegibles algunas de las útiles

observaciones. Más adelante cuando estudiemos su viudez, se verá cuantas variadas aplicaciones le ofrecieron estos conocimientos para ella y para los vecinos, guajiros pobres cercanos a su quinta de recreo «El Retiro».

¿Eran éstos los únicos libros que leía Laura? No por cierto. Laurita pone énfasis en afirmar que Laura leía con insistencia a León Tolstoy y a Máximo Gorki. Y con ellos, gran número de ellos en esta misma línea de pensamiento, muchos de los cuales ya no los tienen en su poder. Pero de los que se han nombrado, Tolstoy y Gorki, pueden afirmar que había leído la producción completa tanto de uno como del otro. Es más, particularmente Laurita, afirma que ambos autores influyeron mucho en la conducta de la vida de Laura. Era de ver que en la estancia en «El Retiro» casi no frecuentaba más relaciones que las de los campesinos. Ella, en este orden de ideas, no se limitaba a ordenar el trabajo agrícola. Ella misma, guataca en mano, realizaba su pensamiento y estimulaba para que los otros se afanaran igualmente para obtener los mejores resultados.

En otra oportunidad se habrá de tratar de la idea que Laura comunicó a Elsie en relación con la actitud de Laura frente a la vida, según ella comprendía algunos de los pensamientos leídos en un artículo de Stefan Zweig.

Otro ángulo de la personalidad de Laura se deja conocer en sus incursiones por el campo de las labores de aguja, ganchillo, telar o lanzadera. Parece ser que en lo más profundo del intelecto de Laura vivía un investigador. Es así que cuando ella quería aprender algo no hacía como la mayoría de las personas, que buscan quien les enseñe. Ella no. Indagaba donde había el libro correspondiente. En este caso tenemos a la vista la «Enciclopedia de Labores» de Teresa de Diliment. Comienza con la posición del cuerpo y de las manos y las diversas actitudes para tomar y manejar el ganchillo y demás adminículos que se usan en esta clase de labores. Aquí se aprecian las observaciones y las demás anotaciones que le sugieren su personal experiencia. Llegó en esta forma a dominar los más difíciles trabajos de este ramo. Se complacía en hacer obsequios a sus amigos y vecinos de la época de su estancia en el campo.

Cuentan sus hijas que era poco amiga de las prendas, aunque fueran de subido valor y de gran belleza. Como anécdota, ésta es digna de

ser contada. Hubo una vez, soltera ella todavía, que la abuelita se dispuso a repartir las valiosas joyas que conservaba desde sus días de juventud. De inmediato Laura dijo: Dáselas a Candelaria, porque a ella le gustan mucho y además a mí poco me interesan, por ese motivo, nos dijo con algo de desaliento Laurita, nosotras carecimos de las prendas de familia de que gozaban Candelaria y los suyos.

Ambas están contestas en afirmar que Laura vivió con dos hondas preocupaciones que hicieron de su existencia una perenne tragedia: La enfermedad de su esposo y el temor de que se contagiaran los hijos. A eso pareció responder la medida de alejarlos, en cuanto algo crecían. Es decir cuando alcanzaban los seis o siete años, los mandaban a estudiar al extranjero. Dolorosa medida que tomaban de común acuerdo ambos cónyuges. Solamente los hacían venir en las vacaciones, más bien como visita. Especialmente Elsie, cuenta que Laura era muy viva, pero esta cruz pesaba tanto para ella, que siempre se le notaba un trasfondo de tristeza. Al morir el esposo y lograr el crecimiento los hijos en salud, dio lugar a un alivio en su preocupación, que no duró por cierto muchos años. Al transcurrir una veintena de éstos, empezó a acentuarse la inveterada delicadeza de María, la hija mayor. Aquel mismo quebranto de su salud que en los años pretéritos le impidió seguir los estudios comenzados del bachillerato. Y como Laura la conocía muy bien, renació aquel temor que ya no la abandonó, hasta morir.

Una nueva remesa de los libros de Laura que quedan en poder de Laurita me los trajeron las dos hijas para su examen. Pensé que adentrándonos en sus lecturas podría conocerla mejor. Ya sabíamos el sentir de Laura respecto al esposo, a los hijos, a la familia, a las amistades y a la Botánica. El placer del ejercicio de su profesión —proporcionar el bienestar del sentido de los sentidos, que es la vista—.

¿Cuál era su pensar en relación con la poesía? Esta remesa fue una suerte. Se trataba de los que eran objeto de su predilección y que sus hijas no se deshicieron de ellos. En uno, con las letras en plateado se advierte «Nuestros Médicos» por Bernardo Escobar Laredo. Habana. Tipografía de «La Lucha», calle de O'Reilly 9 - 1893. He aquí la dedicatoria: Al Dr. Manuel V. Bango y León, testimonio de adhesión, cariño y simpatía, de su discípulo, El autor. Después de un prólogo de Justo de Lara —el conocido escritor y

periodista José de Armas— y de un prefacio del autor, más bien humorístico, comienza el contenido del libro con una semblanza: la de Laura Martínez Carvajal. Aporta tan valiosos informes acerca de nuestra biografiada, que lo hemos comentado para mejor comprensión de los lectores. Después de haber leído cuanto él ha escrito con respecto a los médicos de su tiempo, nos parece el de Laura uno de los mejores. Se continúan cortas siluetas, unas humorísticas y otras en tono serio que se refieren a Antonio María de Gordon y Acosta, que tenía todos los títulos de nuestra Universidad y otros muchos de Universidades Extranjeras, de Don Carlos de la Torre y Huerta, nuestro famoso naturalista, de Luis Montané, el fundador del Laboratorio de Antropología de nuestro Primer Centro Docente; de Manuel Bango y León, de Emilio Martínez, después renombrado especialista en Garganta, Nariz y Oídos y de Enrique López, destacado oculista, quizás el más competente de su época, según el decir del Dr. Santos Fernández. Muy útil e instructivo es este libro, que nos aporta variadas ideas acerca de los colegas de Laura en aquellos tiempos. Leímos a continuación otro: «Colosos antiguos y modernos», L. Lezbazcilles. Versión española por Cecilio Navarro. Barcelona 1885. Después de la Advertencia donde explica por qué se escribe el libro, el autor estudia los templos, palacios, sepulcros, estatuas. Particularmente los monumentos de dimensiones colosales en Egipto, entre ellos templos, palacios, sepulcros, estatuas. Se refiere a la Gran Esfinge de Giseh, que parece corresponder al 1560 antes de J. C. y fue tallada por orden de Tulmosis IV de la 18 dinastía para honrar la memoria de su padre. ,

Teníamos bastante leído sobre estas y otras colosales estatuas cuando encontramos una hoja de almanaque. Dice: 26 de Mayo, —Jueves. Debajo, el guarismo: 1915—El Alcalde de Sancti Spíritus mata en reyerta a Meruelos. San Felipe de Neri y Sta. Fina, virgen. El papel está amarillento por los años y tan frágil que apenas resiste la presión de los dedos. En el reverso encuéntrase la poesía que se titula:

#### INTERMEZZO

*Las lágrimas que yo vierto  
Se tornan en lindas flores  
Y los suspiros que lanzo*

*En coros de ruiñeños.  
Si tú me amas, dueño mío,  
Serán para ti las flores Y  
cantarán a tu reja.  
Su canción los ruiñeños.*

E. HEINE.

Al final, en el pequeño margen del papel este pensamiento de Laura, en su letra inconfundible, casi ilegible «Qué bueno haber podido escribir esto tan lindo».

He aquí, nos dijimos, un formidable testimonio del sentir de Laura en relación con la poesía. Es una faceta más que sumar a las que ya se han descrito relativas a su exquisita personalidad.

Muy instructivo es un libro de los de Laura que leímos a continuación. Se titula «Diccionario de los Orígenes de las Invenciones y los Descubrimientos» por W. Maigne. París. Larouse y Boyer. Rue 49 Rue Saint Andre Des Arts. No aparece la fecha ;pero en el prefacio se refiere el autor a que en la Exposición de París de 1855 el director de un periódico diario le encargó escribiese una síntesis que comprendiera los grandes logros de esa magnífica Exposición Industrial. Y que finalizada ésta, se le ocurrió la idea de completar los materiales reunidos con los orígenes de las invenciones y descubrimientos que habían permitido al ingenio humano su constante progreso. Era de más aliento el propósito y por eso se decidió a darle al trabajo la forma de libro y para facilitar la consulta, adoptó en su desarrollo una disposición alfabética.

Esta obra escrita en francés bastante académico es fácil de traducir. Las páginas parece que se han leído varias veces. Los marcadores que de un azul pálido el tiempo los ha hecho muy amarillentos indican diversas materias. El que señala Carbono por ejemplo se encuentra subrayada la frase «descubierto en 1776 por Lavoisier». Subrayado se encuentra también «ácido carbónico», «agua mineral artificial» y otros tópicos que parece le interesaron en distintos momentos.

Por el desarrollo de las distintas materias parece se escribió entre 1857 y 1860. No era pues muy antiguo cuando ella hacía uso de él. Los valiosos datos que tiene este libro lo hace, en verdad, de utilidad permanente.

Hay otro libro entre los de Laura que parece ella leyó con gran interés. El capítulo de la Cristalografía está marcado, así como también el párrafo que se refiere al grabado en el zafiro, que vamos a transcribir:

«Los antiguos grabaron el zafiro, a pesar de su extremada dureza. Se cita particularmente: Un zafiro de dos tintas de que el artista hubo de sacar gran partido. Había representado una mujer vestida, y aprovechó una tinta para la cabeza y otra para el ropaje. Esta piedra que formaba de la colección del duque de Orleans, pertenece ahora a la corona de Rusia.

«El gabinete de Francia posee un grabado en zafiro, representando admirablemente el emperador Pertinax. Pero, la maravilla del género es a lo que parece un grabado de Cayo representando de perfil a Hércules. Formaba parte del gabinete de Strozzi de Roma.»

La obra se titula «Piedras preciosas» por Luis Dieulafait. Versión española por Cecilio Navarro. Barcelona. Biblioteca de Maravillas. 1886. Daniel Cortezzo y Co. Calle Pallars (Salón de San Juan).

Otros asuntos interesantes se encuentran amenamente tratados en este volumen, pero los demás no están subrayados por ella.

La lectura de los libros de una persona acerca de la cual se escribe, es muy útil. Particularmente, si es de aquéllas que acostumbran dejar sus huellas en la lectura que realizan. Por lo pronto, se conocen los asuntos que más le interesan. Y de aquí se pueden extraer instructivas conclusiones. El libro en sí, por su índole y por la materia que trata va indicando de cierta manera las inclinaciones de su lector. Consideramos, pues que ha sido para nosotros una buena oportunidad para conocer mejor la mente y el corazón de Laura, nuestra primera médica.